

“¿Pero es que acaso podíamos renegar de la gente y seguir siendo científicos?”, se pregunta Galileo Galilei en la obra escrita por Bertolt Brecht sobre la vida de éste, al hacer una disquisición acerca del efecto que tuvieron su manera de aprehender los fenómenos naturales, así como la defensa de las ideas de Copérnico y sus propias teorías y creaciones tecnológicas sobre la gente del pueblo. Ante la situación política y social que vive actualmente el país, ante la intolerancia y la represión por parte del poder, bien podemos retomar esta interrogante. Y es posible abordarla cediendo la palabra al mismo Brecht, que con gran claridad mostró la intolerancia de la Iglesia Católica ante la labor científica de Galileo.

“Piense un instante cuánto esfuerzo y meditación les ha costado a los padres de la Iglesia y a muchos otros dar un poco de sentido a semejante mundo —afirma el Cardenal Bellarmino, dirigiéndose a Galileo. Piense en la crueldad de aquellos que hacen dar latigazos en sus haciendas a los campesinos semidesnudos de la Campania, y la tontería de esos pobre que les besan los pies”. “¡Vergonzoso! —responde Galileo. Durante mi viaje hasta aquí vi...” Nosotros hemos delegado en un ser supremo la responsabilidad de darle sentido a semejantes hechos —la vida está compuesta de ellos—, que no podemos comprender —interrumpe el Cardenal. Por eso, decimos que con ello se persiguen ciertas intenciones, y que todo esto ocurre de acuerdo con un gran plan. Esto no significa que así se logre una tranquilidad absoluta, pero ahora se acusa a ese ser supremo por no tener claridad sobre el movimiento del mundo de los astros, aunque usted sí la tenga. ¿Acaso esto es sabio?” [...] “¡Pero, señores míos, en definitiva el hombre no solamente puede entender erróneamente el movimiento de los astros, sino también la Biblia!” —responde Galileo—, ante lo cual, el Cardenal afirma contundente: “Sobre cómo hay

que entender la Biblia deciden en definitiva los teólogos de la Santa Iglesia, ¿no es cierto?” Galileo calla. “Vea: ahora calla —dice el Cardenal. Señor Galilei, esta noche, el Santo Oficio ha acordado que la teoría de Copérnico según la cual el Sol es centro del mundo y no se mueve, y que la Tierra no es el centro del mundo y sí se mueve, es disparatada, absurda y herética. Tengo la misión de advertirle a usted que abandone esas ideas”. “¿Qué significa eso?”, pregunta un Galileo descorazonado.

Para Brecht, lo que hay detrás de este debate es simplemente el principio de autoridad, cuestionado por Galileo y defendido con violencia por la Iglesia. “La miseria de los más es vieja como las montañas, y desde los púlpitos y las cátedras se la proclama como igualmente indestructible que aquellas, dice Galileo. Nuestro nuevo arte de la duda encantó al gran público”. Y es que sus ideas pudieron llegar al gran público gracias a que él decidió no escribir sus obras en latín. “Ese miserable sabe muy bien lo que hace cuando publica sus trabajos de astronomía en la lengua de las pescaderas y de los comerciantes de lana, y no en latín”, afirma el representante del Santo Oficio, el Inquisidor, para quien, con toda claridad, el problema no es de conocimiento sino de actitud ante la autoridad. “Esa gente dice que se trata de la tabla de cálculos y no del espíritu de la rebelión y de la duda. Pero no son las tablas de cálculos. El mundo está sobrecogido por una aterradora inquietud. Es la inquietud de sus propias mentes que la transmiten a la inmóvil Tierra. Ellos gritan: ¡los números nos obligan! Pero, ¿de dónde provienen esos números? Todos saben que provienen de la duda. Esos hombres dudan de todo. ¿Debemos acaso fundar la sociedad humana en la duda y no en la fe?”

El proceso contra Galileo tuvo lugar hace casi cuatrocientos años. 🌱

